

TRASPASAR LA PIEL: el teletránsito¹

Claudia Giannetti

El desplazamiento es quizá la acción más estrechamente vinculada a los seres humanos. Nuestra tendencia innata a trasladarnos en el tiempo y en el espacio está relacionada tanto con nuestras capacidades físicas y motoras, como con las funciones neurológicas y mentales. Las dos manifestaciones básicas del desplazamiento han consistido, desde nuestros ancestros, en los viajes territoriales y en los viajes mentales. Según la teoría de sistemas generales y de la aceleración evolutiva del científico John Platt, la propia vida es el resultado de los primeros viajes realizados por las células primordiales que vivían en el agua. Entonces la vida multicelular empezó a crear unas membranas protectoras, a tomar forma bajo unos caparazones, a constituirse dentro del envoltorio de la piel. Esta membrana protectora permitió a los seres multicelulares emerger hacia la tierra hace unos seiscientos millones de años. A partir de este momento, son más o menos conocidos los pasos que siguió la evolución hasta llegar a los seres humanos.

El recurso de un segundo envoltorio protector fue utilizado por los humanos para desplazarse hacia todos los rincones de la tierra, hacia los *hábitats* más inhóspitos, desde la Antártica hasta el desierto. Tal vez esta “segunda piel” fuese el primer artefacto producido de forma artificial por los humanos, aplicado directamente como medio auxiliar para los viajes. Los distintos métodos de realizar viajes han ido cambiando, y con ellos sus instrumentos de apoyo. Hace unos cincuenta mil años, los humanos volvieron a viajar por el agua, pero utilizando entonces las primeras embarcaciones. Los desplazamientos territoriales fueron simplificados hace alrededor de cinco mil años con el empleo de la rueda. Todos los sistemas técnicos de desplazamiento desarrollados desde la Revolución Industrial hasta nuestros

¹ Publicado en: Giannetti, Claudia (ed.), *ARS TELEMATICA - Telecomunicación, Internet Ciberespacio*. Barcelona, L'Angelot, 1998.

días, desde los ferrocarriles, automóviles, aviones, hasta las naves espaciales, son perfeccionamientos de los métodos de desplazamiento respecto a las constantes tiempo y espacio, con propósitos siempre idénticos: recorrer distancias cada vez mayores en el menor intervalo de tiempo. O, dicho de otro modo, disponer del propio cuerpo (“base” de información) adherido a una prótesis técnica (un vehículo de transporte) como medio de comunicación a larga distancia.

La otra capacidad natural del ser humano consiste en los viajes mentales: los desplazamientos del “espíritu”. Mientras el cuerpo permanece inmóvil, la “mente” puede emprender los más sorprendentes viajes. Aquí se superan los límites de la materia, del “soporte” físico o de las fronteras de la piel, para dar rienda suelta a la exploración del mundo del pensamiento, de la memoria, de las fantasías, de los sueños.

La investigación de esta capacidad de abstracción del cerebro humano constituye uno de los objetivos fundamentales de la neurociencia. Se sabe que las células cerebrales, una vez que se han reproducido y ordenado, no se dividen ni se desplazan nunca. En cambio, lo que hacen es enviar y recibir continuamente señales. Aquí podemos establecer un paralelismo microscópico: la materia física permanece inmóvil, mientras la información circula sin cesar (es decir, el cuerpo permanece inerte, mientras el pensamiento viaja). Para eso, las células han creado un sistema de comunicación basado en fibras conectoras (proyecciones dendríticas y axonales), que establecen el nexo de cada neurona con un número de células vecinas que puede llegar hasta diez mil. Estos nudos podrían alcanzar la increíble cifra de mil billones de conexiones interneuronales en cada cerebro; estas conexiones son las que nos permiten, como seres humanos, reaccionar a todos los procesos físicos, desarrollar nuestro universo de percepción e inteligencia. Según los neurocientíficos, desde la fase humana primitiva hasta hoy el cerebro ha triplicado su tamaño, con una tasa de crecimiento de casi el cien por cien cada millón de años. Hace unos setecientos millones de años la evolución de los primeros sistemas nerviosos de los cerebros alcanzó el nivel del aprendizaje y el pensamiento. El último crecimiento considerable del cerebro ocurrió hace doscientos mil años; desde entonces, el cerebro humano no ha sufrido prácticamente ningún incremento relevante.

Todo parece indicar que el primer testimonio evidente de viajes mentales proviene del Paleolítico. El paleontólogo John Pfeiffer plantea una cuestión central: ¿qué fue lo que llevó a nuestros antepasados del Paleolítico, hace treinta mil años, a pintar el interior de las cuevas? (1) Algo debió haber ocurrido para que pudiesen dar el paso desde la comunicación inmediata hacia la representación bidimensional del entorno, es decir, la comunicación *mediatizada*. Esta transformación, sin embargo, no sería en el sentido biológico de la mutación o la selección, sino en el sentido del conocimiento. Pero la cuestión es aún más compleja si pensamos en la localización, en la profundidad a la que se encuentran estas pinturas rupestres. Son lugares en los que no penetra la luz del día; son pequeñas cámaras, que no eran habitadas. La hipótesis de Pfeiffer es que las pinturas están relacionadas con la aparición, aproximadamente en el mismo periodo, de los rituales y ceremoniales. Estas pinturas subterráneas tenían como objetivo provocar un determinado “estado de conciencia”. Según Pfeiffer, su anamorfismo característico (están tratadas deliberadamente de una manera distorsionada) se correspondería con la idea de aprovechar los relieves y las profundidades de las superficies rocosas para proporcionar la sensación de tridimensionalidad. En la opinión de Pfeiffer, los *Homo sapiens sapiens* emplearon la estrategia de las pinturas con el fin de crear espacios para los ritos iniciáticos, de manera que los aprendices, apartados de la realidad cotidiana, pudiesen pasar por vivencias sorprendentes: experimentar, a través de viajes mentales, otras realidades “virtuales” que les aportasen nuevos conocimientos.

Nos llama inmediatamente la atención el hecho de que los seres humanos ancestrales recurriesen a la representación (pictórica) como un medio para potenciar los viajes mentales. El empleo de una determinada técnica de expresión permanente (visual) en el espacio exterior como recurso para estimular el poder imaginativo o los procesos internos de experiencias cognitivas individuales o colectivas ha permanecido, hasta nuestros días, como gesto institutor fundamental del sistema de información interpersonal. El habla y posteriormente la escritura ampliarían esta capacidad de traducir la experiencia en formas simbólicas, que a su vez tienen la capacidad de suscitar nuevas experiencias mentales, nuevos *viajes*.

La tecnología del alfabeto escrito no deja de ser, en definitiva, una adaptación al modo visual –una visualización a través de iconos– de informaciones captadas del entorno o producidas mentalmente. En este proceso, la actividad más relevante consiste en la traducción.

Con la escritura y, sobre todo, con la imprenta, se multiplicaron las posibilidades de transmitir estímulos para practicar los viajes mentales y físicos. Marshall McLuhan ya constataba que “el arte de hacer declaraciones gráficas en una forma precisa que puede repetirse es algo que Occidente da por supuesto desde hace mucho tiempo. Aunque suele pasarse por alto el hecho de que, de no ser por las copias impresas, los planos, los mapas y la geometría, el mundo científico y tecnológico moderno difícilmente podría existir.” (2). Los mapas, o las llamadas “cartas secretas”, fueron impulsores clave de los viajes marítimos, que llevaron a los aventureros a circundar el mundo, a tantear (e invadir) todos los rincones. Empezó así el proceso de “encogimiento” del mundo, de acercamiento (y superación) de las distancias a través de los viajes transcontinentales. Mientras el cuerpo de los viajeros experimentaba el proceso espaciotemporal del desplazamiento, las cartas o relatos que escribieron, muchos de los cuales fueron impresos y ampliamente distribuidos, permitían a los lectores emprender un viaje mental por las tierras desconocidas.

La idea consubstancial al viaje es la de “nuevos mundos”. Tal vez sea esta la búsqueda por excelencia en la historia de la humanidad. Parece que nunca estamos satisfechos con el mundo a nuestro alcance, con el entorno que conocemos. Al sedentarismo humano, típico de las sociedades urbanas, se contraponen el deseo de abandonar “lo que se ve” en favor de lo “distante”, que se desconoce o se imagina. “Percibir e imaginar son tan antitéticos como presencia y ausencia. Imaginar es ausentarse, es lanzarse hacia una vida nueva.” (3) Esta afirmación de Gaston Bachelard es correcta en su contexto temporal (1943), pero discutible desde nuestra perspectiva telemática actual. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Bachelard nos habla de la importancia de la imagen del *pesador* en la filosofía. “El *yo pienso luego peso* no se halla enlazado inútilmente por una etimología profunda.” (4) La estrecha relación entre la existencia “matérica” del ser pensante y su capacidad de *cogito* está en la base de toda la filosofía

clásica y moderna. Pero el propio Bachelard reconoce que lo que es rico en materia es frecuentemente pobre en movimiento. “Nos parece que, sin una **disciplina aérea***, sin un aprendizaje de la ligereza, el psiquismo humano no puede evolucionar.” (5) El proceso de transformación implica, por lo tanto, la posibilidad de traslación, de transición, de trashumancia de una manera fluida, “ligera”. Se trata de una nueva concepción del ser como “movido y moviente a la vez, como móvil y motor, como empuje y aspiración”. (6)

Desde el estado de nuestros sistemas de comunicación actuales, este campo “aéreo” sería aquél basado en la inmaterialidad, es decir, en la separación entre cuerpo (masa, materia) e información (mensaje); y la disciplina “aérea” se llamaría hoy por hoy “telemática”. El término (que proviene de *telecomunicación* + *informática*) fue introducido por Simon Nora y Alain Minc en el artículo “La informatización de la sociedad”, publicado en 1978. “La telemática mueve –al contrario que la electricidad– no la energía, sino la información, es decir, el poder.” En una época en la que las redes estaban todavía limitadas al uso militar o universitario, los autores pronosticaron que “la telemática no sólo será una red más, sino más bien una red de otro tipo, que permite transportar imagen, sonido e información con una interrelación de múltiples niveles. Esta red cambiará nuestro modelo de cultura.” (7) El tipo de espacio basado en códigos, que son transportados a través de un sistema de comunicación e intercambio de datos, es el que puede abrigar la “existencia” de un ser movido y moviente, móvil y motor, como proponía Bachelard. Tanto nuestro cuerpo como el espacio “mundano” que habitamos son entidades pre-existentes, que sólo permiten cambios hasta determinados límites. El espacio telemático de la red, al contrario, está en constante construcción, transformación, regeneración; es un campo móvil y motor, en el que las personas –movidas y movientes– pueden actuar a través de representaciones o lenguajes a base de bits: unidades de información. La superación, a través de la red, de la barrera espacio-temporal inherente a la materia abre las puertas al ambicionado viaje: el traslado inmaterial a cualquier parte en tiempo real. El antropólogo Jean Servier, en su análisis de las civilizaciones llamadas “primitivas”, llegó a la conclusión de que el culto al ser inmaterial –lo Invisible– está presente en todas las culturas, desde nuestros ancestros. Es más: el ser humano “lleva en sí lo Invisible y se siente responsable del universo. Su

comportamiento sólo puede explicarse por la creencia en un mundo diferente del mundo material, un mundo invisible que escapa a la experiencia sensible, lugar geométrico común de todos los grupos humanos repartidos por la superficie de la tierra.” (8) En opinión de Servier, “todas las proyecciones del hombre en el mundo llevan el sello de lo Invisible. (...) Según todas las tradiciones, el hombre fue primero un participante del mundo Invisible. Un deseo lo impulsó a romper la armonía cósmica: descender en la materia, en el universo de las formas: ponerse vestiduras de pieles.” (9) ¿Continuamos buscando, a través de la red telemática, lo Invisible? ¿La reascención sin pieles?

Como nos propone Stelarc, estas “pieles” pueden ser traspasadas, vaciadas o eliminadas mediante la telepresencia factible a través de los sistemas de telecomunicación. Si en alguna etapa de la evolución se necesitó la piel para componer la forma (para constituirse dentro del envoltorio de la piel) y permitir el desplazamiento desde el agua hacia la tierra; si después se hizo uso de una segunda piel para permitir el desplazamiento por los territorios, ahora se trata de despojarse “virtualmente” de la piel para viajar por el campo de datos.

El “invento” es sin duda excepcional, pero pensando tan sólo un poco más profundamente en el llamado “cuerpo virtual” se nos plantea una notable paradoja. ¿Podemos escapar efectivamente –como pretende toda la filosofía postmoderna– del dualismo real/virtual (cuerpo/bits)?

Una vez más, encontramos una proposición sugerente en Bachelard. En su apología del “aire”, el filósofo constata, claramente, que “se trata de vivir a un tiempo la valoración de la vida y la desvaloración de la materia”. (10) La cuestión está en cómo conseguir hacer de la materia pura imaginación. La movilidad, como apuntaba antes, sería el principal camino. Ésta se conseguiría mediante la transmutación: el paso de la figura física a la imagen (imaginación). Pero, ¿cómo realizar este proceso? “Dirijámonos a los alquimistas”, aconseja Bachelard. “Para ellos transmutar es perfeccionar.” (11) Este acto de “perfeccionar” consiste en liberar la materia de sus impurezas: aligerarla. La destilación alquímica se basa en el lema: “a lo largo de la ascensión se produce una “descensión”. En todas partes y en un solo acto algo sube porque algo desciende.” (12) Es justamente el descenso de la masa (de impurezas) a la

tierra lo que favorece la ascensión. Mientras las operaciones modernas suelen ser operaciones que persiguen una sola dirección, y por lo tanto son de una sola flecha (|), el pensamiento del alquimista tiene en cuenta las dos direcciones de las flechas (| |). Son dos flechas unidas para divergir, que representan “la participación activa en dos cualidades contrarias. Esta doble participación en un solo acto corresponde a un verdadero maniqueísmo del movimiento.” (13)

Tal vez sea ésta la única manera de superar el dualismo existente entre nuestra existencia dentro de un cuerpo “matérico” y nuestra posible existencia “virtual” como televiajeros por el espacio de la red, por el ciberespacio. Este mundo de datos nos permite, asimismo, conciliar lo que han sido dos manifestaciones heterogéneas del viaje humano: los desplazamientos espacio-temporales y los viajes mentales. Esta unión nos hace comprender ahora el paralelismo sugerido anteriormente entre la red neuronal y la red telemática: la materia física permanece inmóvil, mientras la información circula sin cesar (es decir, el cuerpo real permanece inerte, mientras el cuerpo de datos viaja). “Percibir e imaginar son tan antitéticos como presencia y ausencia”, afirmaba Bachelard. El espacio telemático subvierte esta contraposición, en la medida en que la telepresencia es, de hecho, presencia y ausencia a la vez.

© Giannetti 1998.

NOTAS

1) Publicada en el libro *The Creative Explosion* (1982), al cual Howard Rheingold se refiere en el último capítulo de su libro *Realidad Virtual* (Howard Rheingold, *Virtual Reality*. Nueva York, Summit Books/Simon & Schuster, 1991)

2) Marshall McLuhan, *Comprender los medios de comunicación - Las extensiones del ser humano*. Barcelona, Ed. Paidós, 1994, p. 171

3) Cfr. Gaston Bachelard, *El aire y los sueños*. México, FCE, 1993, p. 12

4) Bachelard, ídem, p. 319

* Énfasis de la autora

5) Bachelard, ídem, p. 320

- 6) Bachelard, ídem, p. 317
- 7) Simon Nora/Alain Minc, "Die Informatisierung der Gesellschaft", editado por Uwe Kalbhen. Frankfurt/Nueva York, 1979, p. 29
- 8) Jean Servier, *El hombre y lo Invisible*. Caracas, Monte Ávila Ed., 1970, pp. 418-419
- 9) Servier, ídem, pp. 418-419
- 10) Bachelard, *op. cit.*, p. 321
- 11) Ídem, p. 321
- 12) Ídem, p. 322
- 13) Ídem, p. 323